

Carnaval perverso. Terremoto + tsunami y saqueos en el Chile de 2010 ¹.

Dr. Manuel Antonio Baeza R. ²

**Sociólogo
Departamento de Sociología y
Antropología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Concepción.**

mbaeza@udec.cl

primer momento, pero también destrucción social por el tema de saqueos posteriores en diversas ciudades afectada y reacciones defensivas resultantes de un fuerte sentimiento de desamparo. Por cierto, existió como siempre el ímpetu consabido de solidaridad en situaciones de crisis agudas, pero también existió desconfianza para con un Otro convertido en enemigo potencial. Más que un fenómeno de anomia, en el sentido clásico del concepto, se sugiere la idea de la ocurrencia de lo que en este artículo llamamos un carnaval perverso, ocurrido durante tres días de desaparición del Estado, del poder y de la norma social.

Resumen. *La tragedia de fines de Febrero de 2010 interpela también a las ciencias sociales por la amplitud de la crisis y, en especial, por los alcances que tuvo sobre la vida social de los chilenos. El resultado de este desastre tiene un sentido de deterioro muy amplio: destrucción material y pérdida de vidas humanas en un*

i. ¿Qué entendemos trivialmente por realidad? *“¿La realidad? Bueno, todos quienes estábamos aquí el 27 de Febrero y los días posteriores, la vivimos y también la vimos con nuestros propios ojos”, se escuchó y se escucha aún decir en una infinidad de testimonios recogidos en las zonas afectadas por el terremoto y posterior tsunami. Todos éramos, al fin y al cabo, simultáneamente, actores y espectadores de una tragedia mayúscula. Las vivencias y las imágenes eran, por cierto, muy crudas e impactantes como para no remitirnos en forma directa a ellas y provocar incluso en muchos de nosotros un sórdido y brutal *miedo escatológico*, o sea una manifestación quizás tangible del persistente imaginario social del fin de los tiempos ³. En otras palabras, en*

¹ Este artículo es la transcripción corregida de la conferencia pronunciada el 10.06.10 en los *Jueves Culturales* organizados por el Departamento de Ingeniería Eléctrica de la Universidad de Concepción.

² Profesor Titular de la Universidad de Concepción. Doctor en Sociología y Magíster en Antropología (Universidad de La Sorbonne Nouvelle, Paris III). Sociólogo y Director del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Concepción. Coordinador del Grupo Sociedad Civil y Reconstrucción de la Universidad de Concepción. Coordinador para América Latina del Grupo Compostela de Estudios sobre Imaginarios Sociales (GCEIS).

³ *“El miedo escatológico vincula la creencia en poderes ultraterrenales que manejan y*

ciertas condiciones particulares, pudimos constatar que el miedo adquiere también –en determinadas circunstancias- una dimensión social, en donde intervienen factores culturales y psicosociales (M. A. Baeza, 2008; D. Solsona, 2011). Podemos resumir diciendo que el miedo entonces, básicamente, revela su génesis social cuando las formas rutinarias del mundo de la vida social son alteradas.

Pero, más allá de una vivencia sin duda espantosa, ¿qué es lo que finalmente vimos con nuestros ojos? Lo que hemos percibido, al fin y al cabo, ¿comprende todo lo que ha de entenderse por “realidad”? ¿Hasta qué punto esa “realidad” puede estar compuesta por elementos fantasmagóricos o “irreales”? Incluso, ¿qué papel puede jugar la divulgación de un rumor en una construcción determinada de “realidad”, independientemente del hecho de que tal “realidad”, descrita a menudo con un lujo de detalles, sea “real” o simplemente “virtual”?

Al intentar responder a todo este conjunto de preguntas nos encontramos con un problema de

deciden el fin del mundo, es una experiencia que va más allá de lo que pueda ocurrir en términos personales, es la estancia última de este mundo, involucra el sentido último de la vida, es lo inexorable, la realización del mito final, el día del juicio final. El miedo escatológico subyace en el inconsciente colectivo y es un miedo que va más allá del sólo hecho de morir. Es el ajuste final de la vida toda, se cruza con el destino colectivo, con el fin último de la vida, no de mi vida, sino del universo, del cosmos, de la explicación y razón última de nosotros los seres humanos, que ‘no somos nada sino polvo’. Es la llegada del tiempo bíblico profetizado, aunque no por ello bienvenido” (R. Luna, 2005:155).

fondo y según el cual no podemos sino problematizar en torno a lo que, *a priori*, parece muy simple: con rigor científico podemos decir que la realidad tiene, sin embargo, varios planos o niveles, que van desde la superficie de la apariencia hacia la profundidad de lo no directamente sensible y que esto es mucho más problemático aún tratándose de definir lo que llamamos *realidad social*⁴.

Esta afirmación básica camina en el sentido de la demostración según la cual, en primer lugar, lo aparente no constituye necesariamente una evidencia automática, ni mucho menos, a pesar de contener esa apariencia la información que llega más rápidamente a nuestra conciencia. Ahora bien, y porque el modo mismo en el cual funciona la conciencia de algo es aquello que denominamos *subjetividad*, vale decir la puesta en acción de la totalidad compleja de nuestro aparato cerebral, la opinión necesariamente subjetiva de sentido común, o sea aquellos juicios expeditos que la media de las

⁴ Se puede decir que la realidad, cualquiera sea ella, está compuesta por los siguientes planos o niveles: a) plano aparente o superficial, accesible a los sentidos en su totalidad, a condición de haberlo experimentado anteriormente y así poder hacerlo consciente; b) plano subyacente, medianamente accesible a los sentidos porque requiere de informaciones complementarias; c) plano ideacional o imaginado, de ninguna manera relacionado con los sentidos, configurado subjetivamente por el observador en base a su imaginación creativa; d) plano inconsciente o arquetípico, con sede en el inconsciente colectivo (en el sentido de C. G. Jung). Ahora bien, la dificultad mayor que acarrea todo ejercicio de inteligibilidad de la *realidad social* es, en especial, el carácter engañoso del primero de estos planos.

personas realiza –con fines prácticos de inteligibilidad rápida del mundo– se funda, la mayor parte de las veces, en lo que se observa en este primer plano superficial: esto es real puesto que lo he percibido, lo he visto con mis propios ojos.

Pero, no obstante, para quienes hacen ciencia, aquella famosa recomendación cartesiana acerca de la duda elemental para emprender desde allí el conocimiento es algo aquí muy pertinente, puesto que la existencia de varios planos de la realidad obliga entonces, en particular al científico, a buscar en lo que subyace a lo aparente un conjunto de componentes no accesibles a la observación directa, para intentar así una totalización cognitiva (siempre provisoria ⁵) de una realidad que es, al fin y al cabo, multidimensional, y así intentar alcanzar el conocimiento (M. A. Baeza, 2008).

Lo que a continuación nos proponemos hacer es un análisis establecido en varios niveles de los hechos acontecidos con motivo del terremoto y tsunami, desde un punto de vista que básicamente se pretende sea socio-antropológico.

ii. Terremoto y realidad multidimensional. Desde aquel fatídico sábado 27 de Febrero de 2010, la ciudad de Concepción, al igual que Talcahuano, Penco, Chiguayante, Hualqui, Coronel, Lota y, desde luego, más allá de nuestra región, un sinnúmero de comunas en

⁵ Una totalización cognitiva no puede ser sino provisoria en tanto ella no hace más que revelar el *estado actual* del conocimiento, pero éste no indica jamás cuáles son sus propias fronteras.

una enorme zona del territorio centro-sur del país afectada por un impactante fenómeno de la naturaleza, entre las regiones del Libertador Bernardo O'Higgins y del Bío-Bío, sufrieron –en mayor o menor medida– un conjunto de escenarios y momentos catastróficos: terremoto, tsunami, saqueos, cortes de suministros básicos, interrupción de comunicaciones, ingobernabilidad relativa por espacio de varios días, etc. Es permitido pensar que los balances de esta multicatástrofe con características de caos manifiesto, al cabo de semanas y meses consecutivos a la tragedia, se encuentren todavía incompletos, comenzando por el número más o menos exacto de víctimas fatales, bajo los escombros o, peor aún, literalmente tragados por el mar.

En el plano de los análisis, que involucran necesariamente distintas disciplinas, nos limitaremos al abordaje de un fenómeno que, para fines prácticos no asociaremos conceptualmente a la idea confusa de “terremoto anómico” ⁶ (los días 27 y 28 de Febrero y 1º de Marzo), en donde se conjugaron una ausencia o invisibilidad notoria de autoridad estatal (sumida en la desinformación, la incapacidad de reacción inmediata, la inoperancia de determinados servicios de primera línea en situaciones de catástrofe) y una sociedad civil en situación de desprotección, a la vez que tensionada entre la intuición de

⁶ La alusión directa que hacemos aquí es al concepto de *anomia*, empleado por Émile Durkheim para referirse al desajuste que puede producirse en individuos con respecto a las normas sociales vigentes (cf. É. Durkheim, 1985). Más adelante veremos, en todo caso, que tal concepto no es adecuado en la situación aquí analizada.

precariedad y escasez por un lado y, por otro, la oportunidad de aprovechamiento sin duda amoral de esta misma situación.

Para la sociología en particular, y para las ciencias sociales en general, el fenómeno reviste particular importancia, por cuanto muchos de nosotros nos declaramos sorprendidos por lo acontecido, con saqueos monumentales e incluso con destrucción por incendio de locales comerciales y supermercados, en circunstancias que la mayor parte de la población se debatía entre el dolor por la pérdida de seres queridos, la desinformación respecto de la suerte corrida por familiares y amigos, la constatación de daños muchas veces irreparables, etc. En este sentido, el análisis puede ser configurado en torno, al menos a cinco ejes analíticos que, articulados entre sí, permiten comprender el fenómeno en cuestión, problematizando al mismo tiempo en el tema de la realidad observada:

- a) en primer lugar, la cuestión de ciertos comportamientos sociales dominantes en la sociedad chilena antes del terremoto;
- b) en seguida, la cuestión de la “falla estructural” operativa del Estado chileno en momentos de crisis aguda;
- c) luego, la cuestión psicosocial de lo que podríamos considerar como una situación de vulnerabilidad extrema –objetiva y subjetiva– de la población en un momento crítico;
- d) después, la cuestión delictual del saqueo masivo propiamente tal en situación de catástrofe recién producida.

e) por último, la cuestión de la solidaridad y cooperación mutua, principalmente entre vecinos y también entre familiares.

Avancemos ahora en el análisis socio-antropológico del fenómeno que aquí retiene nuestra atención, en conformidad a este mismo esquema axial que acabamos de proponer:

iii. Contexto ideológico y contribución a la configuración de realidad de crisis. En primer lugar, es necesario dar cuenta de importantes cambios culturales que se fueron produciendo en la sociedad chilena en el curso de las últimas décadas, por la incidencia que dichos cambios han tenido en determinados comportamientos individuales y colectivos con motivo del terremoto.

En este sentido, desde la ciencia social se advirtió en múltiples oportunidades acerca de una destrucción significativa del tejido social anterior y del avance correlativo de la búsqueda egocéntrica del éxito y de la posesión material, vale decir una especie de repliegue individualista y narcisista acompañado de un curioso imaginario de prescindencia de lo social (un ejemplo claro es el desinterés por asumir cargos en juntas vecinales y, en general, por adherir en forma voluntaria a grupos organizados, a tal punto que se llegó en algunos años a un nivel de asociatividad en Chile que se ubica entre los más bajos de América Latina). La vida social remite así a un predominio creciente de la privatización de la existencia de los individuos en tanto ideal de un inédito y caricatural *chilean way of life*.

No resulta demasiado difícil observar que en ciudades y barrios de clase media y media alta –en un país en que lentamente sus habitantes han empezado a auto-adscribirse de manera mayoritaria como clase media⁷– la tradicional convivialidad decayó prodigiosamente: hoy en día, los vecinos ya prácticamente no se conocen entre sí, se envían mensajes indirectos, o en el mejor de los casos correos electrónicos, cuando la comunicación se hace ineludible. La comunicación entre personas, en su conjunto, tiende hoy a modificarse de manera cualitativa: en segmentos jóvenes especialmente, buena parte de la comunicación interpersonal tiene lugar, de manera creciente, con la mediación de una herramienta tecnológica, como lo son *Facebook*, *Twitter*, cuando no el ya masificado teléfono celular.

El consumismo, en este nuevo contexto, se ha hecho presente de manera creciente desde la década de los '80 (cf. T. Moulián, 1999; V. Valdivia, in: VV.AA., 2010), agotando las tarjetas de crédito, incrementando el endeudamiento de las familias de modo exponencial (los cálculos económicos hacen fluctuar este tipo de endeudamiento, a mediados de los '90, entre 7 y 10 veces el monto de un salario). La sociedad chilena, a comienzos del siglo XXI, es una sociedad profundamente transformada: junto con el descrédito de la política y de muchas de las instituciones del Estado, la fragmentación y hasta la atomización social implicó sobre todo una devaluación de muchos valores sociales (como la solidaridad, por ejemplo) que quedaron relegados a

menudo a segundo plano, limitándose a menudo a meras contribuciones económicas esporádicas como expresión de solidaridad, como ocurre con la popular y ya tradicional Teletón a fines de año.

En este punto, la primera tesis que se puede defender en esta oportunidad consistirá en decir que *esos factores ideológicos negativos, que conjugan elementos de individualismo exacerbado y consumismo frenético, así como también de comunicación a distancia, intervinieron de sobremanera en el momento del terremoto, en especial en los primeros días con motivo de los ampliamente conocidos saqueos masivos*, tal como se verá más adelante en este artículo.

iv. Gestión estatal deficitaria de la crisis en su contribución especial a la configuración de realidad social. El tema de la “falla estructural” del Estado chileno ha sido ya bastante difundido y no vale la pena insistir demasiado aquí acerca de las increíbles insuficiencias de los sistemas de alerta a la población, de las vacilaciones graves en la toma de decisiones, de la precariedad de medios disponibles en situaciones de catástrofes, comenzando por la insólita incomunicación entre organismos estatales, entre autoridades locales, regionales y nacionales, y sobre todo las falencias de la regionalización en los términos de grados de autonomía en la toma de decisiones, etc.

Podemos al respecto agregar, en términos muy generales y mucho más allá del caso chileno, que en nuestros tiempos de globalización y de neoliberalismo, el Estado moderno

⁷ Lo cual implica pasar a tener, sobre todo, aspiraciones de tipo mesocrático.

occidental tiende a debilitarse en extremo, afectando muy fuertemente con ello los mecanismos anteriores de protección social (M. A. Baeza, 2008). En todo caso en Chile, el debilitamiento del Estado, desde hace varias décadas cada vez más convertido en un *Estado zombi*, hacía relativamente previsible su colapso en situación extrema.

Nos interesa muy particularmente analizar el tema de los efectos inmediatos de esta falla multisistémica, con especial énfasis en todo cuanto dice relación con las percepciones colectivas, o mejor dicho con la subjetividad social en un momento de crisis aguda. Desde este punto de vista, los habitantes de las zonas cercanas al epicentro, en especial de las mayores conurbaciones (como el Gran Concepción, por ejemplo) se vieron enfrentados efectivamente a una situación de abandono parcial o total desde las primeras horas; una sensación de desgobierno, de ausencia de directivas (cuando no presencia de directivas erróneas, como fue el caso del tsunami) y de improvisación en la adopción de ciertas medidas inmediatas, con lo cual la subjetividad social reinante fue la de una “ley del más fuerte”.

Una subjetividad social muy particular se configuró con una velocidad asombrosa desde las primeras horas de producida la catástrofe, aunque siendo aquella muy probablemente influenciada por ciertas percepciones negativas que se mantenían en estado de latencia, en especial frente al comportamiento de la clase política y de la maquinaria estatal. Un sentimiento mezclado de impotencia, inseguridad y abandono de la

población pareció inspirar dos tipos de imaginarios sociales no completamente antagónicos: por un lado, aquél de la precariedad y de la escasez previsible; por otro, aquél del aprovechamiento de una situación de ciudades “sin custodia” alguna. El colapso de muchas edificaciones y también de vías de comunicación se unía al colapso de los mecanismos estatales de emergencia⁸, pero también de control social; lo que llamamos acá una “falla estructural” del Estado (M. E. Tijoux, in: VV.AA., 2010), al no decretarse de inmediato por ejemplo el *estado de sitio*⁹, en términos sociales significó incapacidad reactiva, desorganización, sensación de caos en todos los aspectos.

Una segunda tesis, más bien de carácter politológico esta vez,

⁸ En la mañana del día 27 de Febrero, a las 07:34 A.M., un tercer fax de la Armada hablaba de variaciones de marea “notables” y de la observación de olas de magnitud variable; a las 09:00 A.M. la Presidenta de la República descartaba el riesgo de tsunami...

⁹ Obsérvese en este punto el fracaso absoluto de la regionalización, en cuanto a la nula posibilidad de dictar *in situ* las medidas urgentísimas que la situación ameritaba. El Estado central evaluaba, tarde e incorrectamente, una situación producida en regiones, a partir de informes que se calificaba sustantivamente en Santiago. En este sentido de la falla del Estado, no es tampoco anodino el hecho de la reticencia del gobierno de la Presidenta M. Bachelet en llamar a las fuerzas armadas para el restablecimiento del orden público, dados los antecedentes entregados por la historia aún reciente de nuestro país y por todos conocida. En este punto, el sociólogo M. A. Garretón expresaba en un libro suyo serias dudas acerca de la transición democrática y la permanencia de enclaves autoritarios y, sobre todo, la existencia de “*prerrogativas de las Fuerzas Armadas por encima del poder político*” (M. A. Garretón, 2007:44).

consistirá simplemente en decir entonces que *se desató una crisis de gobernabilidad aguda como efecto inmediato de una catástrofe de gran envergadura, lo cual es revelador de deficiencias graves en el Estado*. Resulta bastante fácil advertir que el más que llamativo “terremoto anómico” –un concepto más que discutible- tiene estrecha relación con este punto, en especial por el hecho de las percepciones que la crisis de gobernabilidad, por la desaparición momentánea del Estado, inspiró en buena parte de la población ¹⁰.

v. Memoria social débil y no contribución a la configuración intersubjetiva de realidad en momentos de crisis. El tercer tema, referido esta vez a la vulnerabilidad psicosocial de una población sometida a este tipo de tragedias, tiene que ver con el factor confiabilidad en las formas que la sociedad misma adopta para enfrentar situaciones límite. En efecto, la sociedad chilena en su conjunto, por razones fundamentalmente culturales, parece no aprovechar las lecciones de su propia historia y crea la sensación de desdeñar de manera sistemática las experiencias sociales presuntamente acumuladas en su memoria colectiva. No está demás señalar que en la síntesis de propuestas elaboradas por el grupo de especialistas de distintas disciplinas de la Universidad de Concepción

¹⁰ Con la instalación del estado de sitio y la llegada de fuerzas militares, la población pareció respirar aliviada, siendo estas últimas saludadas con aplausos en las calles. En sentido metafórico, la población no hacía otra cosa que “re-visualizar” al Estado.

*Sociedad civil y Reconstrucción*¹¹ se propone la creación de una nueva institucionalidad, estatal o privada, universitaria o extra universitaria, encargada de preservar, desarrollar y también socializar la experiencia social de la región acumulada en la memoria colectiva, en especial con respecto a este tipo de situaciones catastróficas.

Parafraseando algo abusivamente al sociólogo francés Alain Touraine (1993), diríamos que el argumento sociológico implícito en este punto es que toda sociedad, de por su historicidad consustancial, trabaja sobre sí misma y para sí misma intentando asegurar su reproducción como tal, buscando garantizar para ello en primer lugar su más elemental cohesión interna. En este mismo sentido, la memoria social, planteada en el sentido de Maurice Halbwachs (2004), no puede quedar al margen del trabajo que una sociedad realiza sobre sí misma, so pena de amenaza disolvente identitario que puede tener su omisión. Pues bien, y sin riesgo mayor de caer en excesos, se podría pensar que la sociedad chilena trabaja sobre sí misma más en función de una singular amnesia social que en función de una memoria social y los ejemplos abundan en este sentido.

Solamente citaremos tres ejemplos que resultan bastante elocuentes en este aspecto: i) los problemas de conectividad debidos al cruce del río Bío-Bío son hoy idénticos a los producidos con motivo del terremoto de 1960 y antes aquél de 1939, como

¹¹ Cf. VV. AA., *Propuestas para la reconstrucción de la Región del Bío-Bío*. Concepción, Universidad de Concepción, 2010.

si el tema de los puentes destruidos anteriormente no hubiera dejado ninguna lección; ii) la persistente construcción de edificios altos en borde costero y en suelo arenoso fue altamente desaconsejada por expertos japoneses con motivo del terremoto de 1965 en la zona central, en particular en el sector Reñaca de Viña del Mar, lo cual contrasta con la fuerte densidad de las edificaciones que hoy se observa en ese mismo lugar; iii) los simulacros de tsunami fueron siempre ejercicios cívicos muy esporádicos y muy localizados, como si el conjunto de nuestras costas no estuviera potencialmente bajo esa amenaza, teniendo como corolario el hecho de la nula eficacia de los más que débiles protocolos de evacuación.

▲ Lo anterior, podríamos agregar el hecho paradójico de que el aparato estatal chileno estaba dotado de una simple “oficina” de emergencia, como si este tipo de “eventos” fuese simplemente una probabilidad algo remota. En tales condiciones de amnesia social –y ésta es nuestra tercera tesis- no resulta tan sorprendente constatar que *la población, en este tipo de situaciones, tendió a reaccionar guiada por un instinto de sobrevivencia, sin confiar demasiado en autoridades, organismos públicos, entidades varias*. Hay un antecedente interesante en materia de credibilidad social en los aparatos del Estado: cuando se produjo el famoso “falso tsunami” en Diciembre de 2004, con la huida hacia sectores altos de cientos o miles de habitantes de numerosas comunas costeras de la región del Bío-Bío, gran parte de ellos no creía en la veracidad de la información oficial simplemente desmintiendo la noticia y, como

consecuencia, se negaron durante varios días a regresar a sus hogares.

vi. Construcción intersubjetiva de realidad social y de desprotección en tiempos de crisis; el tema específico de los saqueos. En este punto, observamos que aquello que se ha denominado muy circunstancialmente un “terremoto anómico”¹² propiamente tal no sería otra cosa que el resultado de la conjunción perversa de los tres factores anteriores, bajo la forma de comportamientos individuales y colectivos aparentemente susceptibles de entrar en el campo cubierto por el concepto durkheimiano de *anomia*, aunque se deba advertir de inmediato que se trataría en el mejor de los casos de un fenómeno anómico bastante *sui generis*, por cuanto se aleja en algunos puntos esenciales del planteamiento efectuado por É. Durkheim¹³. En tales condiciones, nos

¹² Hemos preferido esta denominación a la de “terremoto social”, por cuanto éste se podría producir si las autoridades del país, más allá de los hasta ahora demorosos programas de contingencia, no levantan más allá de éstos, un plan masivo de reconstrucción. En efecto, los efectos previsibles de la catástrofe en materia de actividad económica, de empleo, de disponibilidad habitacional, de conectividad interurbana, etc., hacen necesario un auténtico Plan de Reconstrucción, con créditos internacionales de gran envergadura, una especie de mini Plan Marshall, que los actuales gobernantes aún no anuncian. De prevalecer esta llamativa inercia, no se puede descartar, en mayor o menor grado, una explosión –o “terremoto”- social de descontento.

¹³ La anomia, en el sentido dado al concepto por el sociólogo É. Durkheim, se refiere a individuos que se encuentran en una situación de inadaptación mayor o menor con las reglas sociales vigentes, lo cual puede ser causal de suicidio, por ejemplo. Es de constatar, sin embargo, que en esta situación planteada por

parece que el recurso al concepto de anomia es simplemente inadecuado.

Una cuarta tesis que sostenemos en esta ocasión consiste por ende en decir que, *en determinadas condiciones –en este caso, de catástrofe, con las múltiples características ya señaladas en los puntos precedentes– los individuos, tanto aquellos que participaron en saqueos como aquellos que actuaron de manera defensiva, lo hacen en una forma muy particular de percepción de ausencia de control social sobre los actos humanos individuales y colectivos, a lo cual se agrega una muy peculiar desvaloración de códigos ético-morales a escala social.*

El uso de la pistola, por ejemplo, para fines de ataque o de defensa quedó subordinado únicamente al juicio individual, al presentir o constatar que no había restricciones policiales, al entender que en ciertas circunstancias los códigos ético-morales también individuales habituales podían quedar momentáneamente entre paréntesis. Por extensión, el terreno parecía quedar expedito para asaltar (o saquear) o para la autodefensa; en sentido metafórico, la dinámica socio-imaginaria suscitada por la

el sociólogo francés la regla social sigue estando presente en la sociedad y que el problema es de ciertos individuos y grupos colocados en situación de inadaptación frente a las normas sociales; pero es de constatar que la situación vivida con motivo del terremoto y tsunami da cuenta de una “suspensión” o invisibilización no prevista y momentánea de dichas reglas, razón por la cual, con cierta cautela conceptual, hemos preferido hablar de *fenómeno anómico sui generis*. No obstante, quizás sea mucho más pertinente hablar de clima carnavalesco perverso, como lo insinuamos más adelante en el texto.

imagen de puertas abiertas en una lujosa mansión sin custodia sirvió para ambos lados: para ingresar a ella y apoderarse de lo que allí se encuentra o para asumir la protección de la misma; el peso ideológico y cultural del consumismo antes evocado, en todo cuanto aquí nos sugiere, tiene en este punto preciso mucho que decir.

De modo entonces que se convierten en saqueadores no solamente vulgares delincuentes con prontuario sino también ciudadanos comunes y corrientes, así como se convierten en defensores (en muchos casos provistos de armas) no solamente aprendices de paramilitares sino igualmente ciudadanos comunes y corrientes. No es anodino recordar en este punto que sentimientos, emociones y racionalidad no son dissociables en la inspiración subjetiva de la acción, como bien lo señalara en su momento Agnes Heller (1993).

Ahora bien, con mucha prudencia conceptual, en el “terremoto anómico” *sui generis*, vale decir en la configuración de un fenómeno que se sitúa en medio de una subjetividad social especialmente caracterizada y materializada –como ya lo decíamos más arriba– por una invisibilidad momentánea de normas y controles sociales y de autoridades, hay sin embargo que distinguir en el caso de las acciones de saqueo masivo dos tipos que podemos diferenciar en función de toda una heterogeneidad de motivaciones¹⁴: 1) aquella que

¹⁴ “(...) en los saqueos hubo variadas motivaciones: desesperación por la pérdida de todo bien material, pero también un tremendo espíritu de lucro (quienes robaban para revender) y de consumo (tener aquello que no se podía comprar, pero que se deseaba), deseo estimulado por una cultura

estuvo guiada por el sentimiento de inminencia de escasez durable de mercancías de primera necesidad, dada la magnitud del “evento” telúrico y, 2) aquella que, en definitiva, estuvo guiada por el sentimiento de oportunidad única de obtención de mercancías para uso propio o para posterior comercialización y sin distinción para ello de lo estrictamente necesario y de lo superfluo.

Mientras la primera de estas acciones, no menos moral y éticamente reprochable, no encuentra su justificación por hambrunas prolongadas (porque, obviamente, éstas no existían en ese momento), sí la tiene por intuición anticipatoria de escasez principalmente de alimentos o de bencina, por miedo a quedar sumidos en el abandono más precario, la segunda tiene otras características: este tipo de acciones incorporaba, en efecto, la idea de aprovechamiento inesperado de una situación con fines de posesión de artículos diferentes a los que ya se poseían, así como también el afán lucrativo de posesión de mercancías con fines de reventa posterior. Hemos recogido algunos testimonios en ambos casos y, a través de la figura del saqueo, se confirman los dos tipos de motivaciones ¹⁵.

que valoriza el bienestar material en desmedro de los valores sociales” (V. Valdivia, in: VV.AA., 2010a:153).

¹⁵ Testimonios del primer caso: “*Robar bencina el día sábado, lo entendí como la única forma que tenía para arrancar de aquí*”; “*yo pensé que al día siguiente no habría nada en ninguna parte*”. Testimonios del segundo caso: “*¿Por qué yo no iba a aprovechar, si estaban todos allí sacando cosas?*”; “*me dijeron que en ese supermercado estaban autorizando a llevarse cosas*”.

Por último, es necesario también efectuar una mirada referida a las subjetividades sociales con motivo del “terremoto anómico” *sui generis*, en materia de estigmatización del Otro. La identificación presunta o real del saqueador, convertido en una suerte de actor colectivo (la horda, según el propio lenguaje de los habitantes del Gran Concepción), contiene un elemento muy pernicioso como lo es –en lenguaje goffmaniano– el *estigma* (E. Goffman, 1995). Ese Otro, convertido por sensación de temor en un enemigo potencial, tomó distintos nombres y apellidos: los “flaites” ¹⁶, los habitantes de tal o cual sector de la conurbación, los fugados de las cárceles, etc., daban cuenta de la enorme segmentación social del país, al mismo tiempo que estimulaban los imaginarios sociales de la amenaza inminente, del espectro del asaltante.

Hace algunos años ya, expresamos nuestra preocupación por la forma que han ido tomando nuestras ciudades, transformadas cada vez más en verdaderos “archipiélagos”, a través de la constitución de espacios disociados entre sí ¹⁷, a partir de una ausencia de planificación urbana pertinente y de una pérdida sensible de prestigio de los centros de las ciudades (M. A. Baeza, 2003). La ciudad espacial y socialmente fragmentada, incide directamente en comportamientos colectivos de desconfianzas mutuas, cuando no en el sentimiento de amenaza proveniente de áreas cercanas.

¹⁶ “Flaite” es una denominación de uso corriente en Chile para referirse en forma peyorativa a sujetos provenientes del mundo popular.

¹⁷ El mejor ejemplo de esta fragmentación de la ciudad contemporánea lo constituyen los espacios condominiales.

Resulta impactante observar que la curiosa y corrosiva “metodología del rumor” –en el sentido patológico planteado por Edgar Morin (1969)- funcionó exactamente en esta lógica de la amenaza proveniente de sectores abiertamente sindicados como los inminentes atacantes, incluso en sentido recíproco. Mientras un sector A de la ciudad se atrincheraba literalmente para repeler el presunto ataque de un sector B, convertido para la ocasión en una “horda”, este último hacía exactamente lo mismo con respecto al primero. En síntesis, con el a menudo pernicioso fenómeno del rumor (M. A. Baeza, 2000) nos encontramos aquí en presencia de aquello que algunos especialistas denominan un *miedo abstracto*, vale decir provocado sin una causal directa identificada plenamente (R. Luna, 2005)¹⁸. El miedo, en tanto que construcción social y que factor irracional de comportamientos individuales y colectivos a partir del rumor, es algo que debe tomarse en cuenta (D. Solsona, 2011).

Ahora bien, en investigación reciente realizada por investigadores/as de la Universidad de Concepción, hemos puesto en evidencia que la construcción socio-imaginaria estigmatizante del Ser-Otro se debe fundamentalmente a la distancia cognitiva manifiesta que separa a un Ego de un Alter, es decir a la conservación de un grado importante de desconocimiento de

ese alguien con quien, por razones sociales, étnicas, psicológicas u otras, no hay posibilidades de establecer una relación empática, o si se prefiere, un acercamiento de experiencia significada del mundo, en sentido fenomenológico¹⁹. Sostenemos en esta oportunidad que la insólita “metodología del rumor” se refuerza considerablemente cuando el objeto del rumor es desconocido, argumento que incluye obviamente a un Ser-Otro que se desconoce y, por lo tanto, se le descalifica²⁰.

En situación de ingobernabilidad relativa pero de vulnerabilidad extrema, sectores sociales veían en otros sectores a sus potenciales asaltantes, cuestión que la realidad objetiva de la situación de saqueos masivos vino brutalmente a demostrar que se trataba de un tema transversal desde el punto de vista de los sectores sociales, o sea un tema “transclases” sociales, bajo los efectos de los dos tipos de motivación de acciones descritos en el párrafo anterior. El “flaite”, llevando cosas en un carro de supermercado, no es ni más ni menos que el ingeniero o el médico que hizo lo mismo. Más adelante veremos cómo estas primeras subjetividades sociales, vale decir aquéllas que se encuentran en afinidad con el proverbio según el cual “la ocasión hace al ladrón”, fueron corregidas por una suerte de sobresalto conducente a la convivialidad y a la solidaridad que

¹⁸ “Se le llama *miedo abstracto* al que se siente sin justificación alguna, o mejor dicho, que no es producido por una fuente claramente identificada –sea auditiva, visible o sensible por cualquiera de sus medios y formas- y de cuya manifestación no hay aparentemente razón alguna” (R. Luna, 2005:145).

¹⁹ Manuel Antonio Baeza, Andrea Aravena y Miguel Urrutia: Proyecto FONDECYT N° 1071090: “*Imaginario sociales del Otro en el Chile contemporáneo: la mujer, el indígena y el inmigrante*”.

²⁰ Manuel Antonio Baeza, Andrea Aravena y Miguel Urrutia, *op. cit.*, Informe final.

tradicionalmente han caracterizado nuestra sociedad.

Por el momento, en un sentido psico-socio-antropológico, diremos que una quinta tesis puede ser explicitada de la manera siguiente: *en situación de crisis aguda, las subjetividades sociales operaron con un grado de libertad inesperado, suscitando distintas motivaciones, todas ellas legitimadas o, por el contrario, contenidas según códigos de conducta muy individuales.* No nos pronunciaremos en esta ocasión acerca de la existencia o no de bandas organizadas que habrían operado casi en conformidad con teorías de la conspiración: esto es, en cualquier circunstancia, materia policial.

Cerremos entonces el círculo analítico que construimos en esta oportunidad regresando ahora a la complejidad de lo que consideramos como “real” y que planteábamos en un comienzo para lanzar el trabajo de comprensión de un fenómeno social.

En un primer plano superficial, nos encontramos con la brutalidad de los hechos mismos (terremoto, tsunami, saqueos, etc.); en un segundo, de inmediata subyacencia, la primera lectura subjetiva de esos mismos hechos (sensación de desamparo, de ausencia de autoridad y de Estado, de oportunidad única, etc.); pero además en un tercer plano, que por su invisibilidad llamamos un plano imaginado o *ideacional*, emerge como parte de la realidad, tanto la idea de inminencia de escasez como aquella de aprovechamiento puro y simple de la situación, a lo cual se contraponen simultáneamente la idea de autodefensa. Es en la conjunción de estos planos que se configura

finalmente lo que entendemos por “realidad” y lo que podríamos llamar una subjetividad social en tiempos de crisis aguda, íntimamente asociada a una lectura de esa “realidad”.

En resumen, hablamos del tránsito de la catástrofe al caos y de éste a la acción inspirada –con prescindencia para fines analíticos de juicios éticos y morales– que lo anterior motiva. A lo ya dicho habrá que añadir finalmente, y con especial cuidado, lo que hemos llamado antes la nefasta y nociva “metodología del rumor” que opera siempre por fuera del plano superficial, casi exclusivamente a partir de los planos o niveles subyacentes e ideacionales, a través de testimonios no verificables, que apunta a la designación de otros como asaltantes potenciales.

vii. El otro rostro de una realidad catastrófica. No obstante, en el análisis sociológico de los fenómenos sociales ocurridos con motivo del terremoto y tsunami, hasta aquí hemos planteado solamente un aspecto entre otros de los comportamientos sociales referidos a la tragedia desde un punto de vista estrictamente sociológico²¹, pues constituyen aquello que tuvo mayor espectacularidad y eco en los medios

²¹ Un análisis sociológico, obviamente, no inhibe el aporte del análisis propiamente psicológico y psicosocial en este tipo de fenómenos. En efecto, es posible recordar los ya antiguos aportes del psicólogo social francés Gustave Le Bon, por ejemplo, quien hablaba de una psicología de las muchedumbres (*psychologie des foules*), fenómeno que se produce cuando los patrones de conducta se modifican en un individuo que se encuentra al interior de un grupo, el cual interviene como motor activo y decisivo de modificación de dichos patrones.

de comunicación, vale decir un conjunto de factores que intervinieron en lo que finalmente denomináramos un “terremoto anómico” *sui generis* que acompañó el terremoto telúrico último, a saber un cuadro bastante generalizado de comportamientos individuales y colectivos en ausencia de mecanismos restrictivos (la presencia de la autoridad y de la ley) y también auto-restrictivos habituales (el temor al peso de la autoridad y de la ley), en ausencia de normas sociales de convivencia pacífica y de códigos ético-morales no menos habituales.

Ahora bien, quisiéramos también decir con el debido acoplamiento analítico de disciplinas tales como la sociología y la antropología, que lo anterior aconteció como si la tragedia del 27 de Febrero tuviese morbosamente iguales características de un paréntesis carnavalesco absolutamente perverso²²; la sociedad civil generó una reacción más “saludable” que logró re-

²² Durante el tiempo de carnaval, como bien lo han señalado los antropólogos (cf. J. Duvignaud, 1984), las normas sociales e incluso las jerarquizaciones debidas a la estratificación social, quedan en suspenso, son invalidadas provisoriamente por un lapso de tiempo especial. Sociedades que cuentan con una fuerte normatividad y control social sobre sus miembros viven el carnaval como una válvula de escape saludable frente a la presión que cotidianamente tienen sus miembros como efecto de esa fuerte normatividad y control social. Al término del carnaval, las poblaciones retoman sus rutinas con mayor grado de soportabilidad. Escribe a propósito del carnaval el ya mencionado J. Duvignaud: “*Diremos que la fiesta, al igual que el trance, permiten al hombre sobrepasar la normalidad y alcanzar ese estado en donde todo es posible, porque el hombre no está más en el hombre sino en una naturaleza que aquél termina de hacer, mediante su experiencia o sin ella*” (J. Duvignaud, 1984:249).

posicionar valores sociales tradicionales²³ en pleno escenario de precariedades creadas con motivo de la catástrofe. La solidaridad entre vecinos, la cooperación voluntaria con personas en dificultad extrema, la amistad cívica para ir resolviendo problemas múltiples con mayor paciencia y sentido de convivencia, etc., constituyó el polo opuesto a la situación de anomia ya analizada, por las razones que veremos a continuación.

A primera vista, al observar aquello que podríamos denominar el factor cultural tradicional en situaciones de catástrofes, advertimos que ha existido a lo largo del tiempo un predominio de comportamientos solidarios y de cooperación mutua desinteresada. En el terremoto de 1960²⁴, pero también en 1965²⁵, el rol de los radioaficionados fue fundamental en materia de comunicaciones en amplias zonas

²³ Entendemos por *valores sociales*, esquemas bastante difusos que contienen ciertos principios normativos a través de los cuales, tras validarlos imaginario-socialmente, la sociedad en cuestión simplemente confía en que se apliquen en los comportamientos individuales y colectivos. Se trata, por lo tanto, de conductas o comportamientos esperables. Además, dichos esquemas son tradicionales porque están inscritos desde larga data en la subjetividad social de una comunidad nacional o grupo social.

²⁴ El terremoto de 1960 tiene el triste privilegio de ser el más grande del mundo en los registros mundiales efectuados según escala de Richter.

²⁵ Este terremoto afectó la zona central y del Norte Chico. Una de las imágenes más impactantes en esa oportunidad fue la desaparición del poblado de El Melón bajo un alud de lodo y minerales, en la zona interior de la región de Valparaíso, provocando decenas de muertos y cuyos cadáveres quedaron, en su gran mayoría, sepultados bajo la avalancha.

afectadas por el desastre; en aquél de 1971²⁶, los profesionales (especialmente médicos) y estudiantes universitarios formaron brigadas de ayuda voluntaria. En terremotos sucesivos, el comportamiento solidario de vecinos en particular y de ciudadanos en general se hizo sentir con fuerza, en los barrios, en los sindicatos, en las organizaciones sociales; obviamente, habrá siempre que añadir el trabajo encomiable y abnegado de bomberos y de organismos de protección civil, sin olvidar aquél que cumple el personal de carabineros y fuerzas armadas, más allá de sus obligaciones estrictamente profesionales.

Muy ciertamente, este factor cultural con sello positivo no ha inhibido siempre manifestaciones de desmanes y saqueos en el pasado: en el terremoto que azotó Valparaíso en 1906 –y que significó más de 3.000 víctimas fatales– aquellos fueron sancionados duramente por el entonces jefe de plaza de la Armada de Chile, incluyendo unos quince hasta hoy muy controvertidos fusilamientos mediante administración de justicia bastante expedita, por decir lo menos, con tribunales militares conformados en tiempo de paz²⁷.

²⁶ Una vez más, la actividad sísmica alcanzó este año las mismas zonas que en 1965.

²⁷ Tal es la reputación que alcanzó el Almirante Luis Gómez Carreño, Jefe de Zona en Valparaíso con motivo del terremoto de 1906. Salvo error u omisión de mi parte, la dictación del estado de sitio en esa oportunidad se ajusta a las disposiciones de la Constitución Política del Estado de 1833 (la cual tuvo sólo modificaciones en 1866) y que otorgaban al Presidente de la República dicha facultad aunque de una manera algo compleja y hasta engorrosa al combinar tal dictación con atribuciones del Congreso o, en su

Desde el punto de vista de la población, al margen del morboso “carnaval” ya analizado, nuevos climas de convivencia entre vecinos surgen en períodos de crisis agudas, también formas hasta entonces inéditas de cooperación mutua y desinteresada. La tendencia a la ayuda pasa a predominar, incluso dirigida hacia personas y familias que hasta entonces no se conocían realmente, o se limitaban a un saludo más o menos cortés en el vecindario. Un imaginario que podríamos denominar como aquél de la *infinita pequeñez de la especie* frente a la inclemencia de la naturaleza parece promover este tipo de comportamientos, a partir de la conciencia de estar con vida como un producto del azar o bien de la voluntad divina.

A esta inclinación de los comportamientos sociales, mucho más duradera en el tiempo que aquella propia de un morboso carnaval ya comentado, nosotros la debiésemos entender como la de un “sobresalto social”, en donde lo que

defecto, del Consejo de Estado, tal como se lee en el Artículo 80:20ª “*Declarar en estado de sitio uno o varios puntos de la República en caso de ataque exterior, con acuerdo del Consejo de Estado, i por un determinado tiempo*” Pero en el párrafo siguiente agrega: “*En caso de conmoción interior, la declaración de hallarse uno o varios puntos en estado de sitio, corresponde al Congreso; pero si éste no se hallare reunido, puede el Presidente hacerla con acuerdo del Consejo de Estado, por un determinado tiempo. Si a la reunión del Congreso no hubiese espirado el término señalado, la declaración que ha hecho el Presidente de la República, se tendrá por una proposición de ley*”. En aplicación de estas disposiciones constitucionales, el Intendente de la época dictó primero un toque de queda y pidió la pena máxima para los malhechores...

prevalece es una actitud positiva, colaboradora, cívica. Incluso las anteriores estigmatizaciones sociales parecen diluirse, o al menos atenuarse de cara a las secuelas ya fácilmente constatables de la catástrofe, esta vez con una mirada más serena, menos frenética.

Una sexta y última tesis puede ser planteada así: *más allá de la inmediata contingencia, ciertos elementos más arraigados de una cultura chilena, confrontada a catástrofes de manera periódica, que vinculan a la solidaridad como valor social por ejemplo, tienden a reaparecer en la superficie.* La situación creada con motivo del terremoto del 27 de febrero de 2010 dio origen a un sinnúmero de manifestaciones de solidaridad desinteresada, tal como ha sido el caso en cada una de las situaciones críticas semejantes que Chile ha vivido. En los lugares más azotados por la tragedia tal solidaridad se expresó tanto al interior mismo de poblaciones y grupos como al exterior de éste, por ejemplo, al hacer llegar provisiones y productos de primera necesidad desde otros puntos del país, por distintos medios de transporte, a pesar de las dificultades en materia de conectividad con otras zonas del territorio nacional.

Sin embargo, permítannos de inmediato atenuar lo anteriormente dicho, basándonos para ello en la literatura sociológica más reciente: existen algunos estudios sociológicos en Estados Unidos referidos a la destrucción por atentado terrorista de las Torres Gemelas en 2001, como aquél llevado a cabo por L. Clarke (2002), en donde se advierte que, contrariamente a lo que se suele pensar, en situación de pánico no se

pierde necesariamente el sentimiento comunitario, aunque sociólogos como M. K. Lindell, R. W. Perry y K. J. Tierney (2001) han señalado también que dicho sentimiento comunitario no logra disipar ni disimular completamente las diferencias sociales, étnicas u otras, preexistentes a la ocurrencia de un desastre. Dicho de manera resumida: solidaridad sí, aunque manteniendo determinadas distancias sociales enojosas, por decir lo menos.

Una vez más, confrontados en nuestro país no a la ocurrencia pura y simple de un terremoto y de un tsunami –y nuestra historia está plagada de sismos y maremotos de gran magnitud- sino a la gran magnitud de una *tragedia*²⁸, podemos preguntarnos en esta ocasión: ¿intentaremos extraer las lecciones del caso, para intentar “evitar que algo parecido se vuelva a

²⁸ Un terremoto y un tsunami nos recuerdan abruptamente que la naturaleza simplemente se manifiesta y que el drama que tal manifestación puede provocar es una derivación posible. En otras palabras, las tragedias que se desprenden de fenómenos naturales ocurren sobre todo por la acción humana inescrupulosa e insensible, que prioriza los buenos negocios antes que la seguridad de la población. A esto se agrega una cierta displicencia preocupante en el ámbito de la toma de decisiones: ocho inmuebles fueron declarados rápidamente en estado de “peligro público” en la ciudad de Concepción por el municipio y esto sin que se determinara, por razones antes que todo económicas, cómo y cuándo aquéllos serían demolidos. A fines de 2010, un primer cronograma técnico de demoliciones vio la luz del día. No obstante, la pregunta permanece intacta en términos de responsabilidad política del Estado de Chile: ¿dónde quedó la noción de “peligro público”, más allá de fijar ciertos perímetros de seguridad que se respetaron a menudo sólo a medias?

producir”? Es de temer que, sobre la base de una memoria frágil y con una responsabilidad social ahogada en los mecanismos del mercado y la frenética carrera hacia el lucro, tales lecciones no sean más que una simple hipótesis. Se dice y se repite que una catástrofe como la vivida el 27 de Febrero de 2010 es también una oportunidad a la hora de reconstruir, pero el riesgo es que esa misma oportunidad sea únicamente recogida por meros actores económicos con afán de lucro. Si bien es cierto la reconstrucción es tarea de todos, ésta podría recaer solamente en las manos de algunos.



Bibliografía.

- Baeza, Manuel Antonio (2000): *Los caminos invisibles de la realidad social*. Santiago, RIL.
- Baeza, Manuel Antonio (2004): *Imaginario sociales*. Concepción, Sello Editorial Universidad de Concepción.
- Baeza, Manuel Antonio (2008): *Mundo real, mundo imaginario social*. Santiago, RIL.
- Clarke, Lee (2001): “9.11 as Disaster: One Worst Cases, Terrorism and Catastrophe”. In: *International Journal of Public Opinion Research*, vol. 11.
- Durkheim, Émile (1985): *Le suicide*. Paris, PUF.
- Duvignaud, Jean (1984): *Fêtes et civilisations*. Paris, Scarabée & Compagnie.
- Carretón, Manuel Antonio (2007): *Del postpinochetismo a la sociedad democrática*. Santiago, Random House Mondadori.
- Goffman, Erving (1995): *Estigma*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Halbwachs, Maurice (2004): *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, Anthropos.
- Heller, Agnes (1993): *Teoría de los sentimientos*. Ciudad de México, Fontamara.
- Luna, Rogelio (2005): *Sociología del miedo*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Morin, Edgar (1969): *La rumeur d'Orléans*. Paris, Seuil.
- Moulián, Tomás (1999): *El consumo me consume*. Santiago, LOM.
- Solsona, Diego (2011): *Construcción social del miedo: decisiones y riesgos en tiempos de catástrofe social*. Concepción, Carrera de Sociología Universidad de Concepción. Memoria de Título Profesional.

- Tierney, Kathleen J.; Lindell, Michael K. & Perry, Ronald W. (2001): *Facing the Unexpected*. Washington, Joseph Henry Press.
- Touraine, Alain (1993): *Production de la société*. Paris, Seuil.
- VV.AA. (2010a): *El terremoto social del Bicentenario*. Santiago, LOM.
- VV. AA. (2010b): *Propuestas para la reconstrucción de la Región del Bío-Bío*. Concepción, Universidad de Concepción.